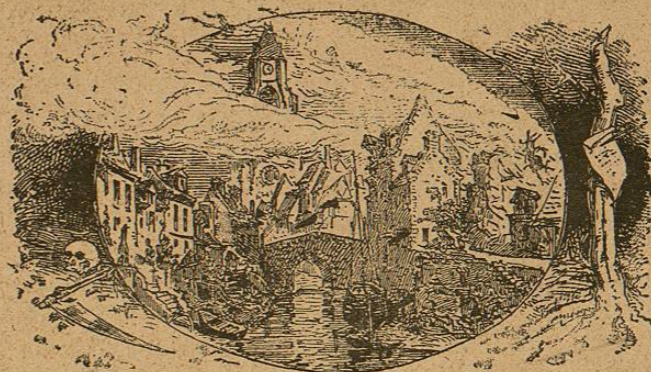


Guillermo Tell apuntó la flecha para disparar contra la fatal manzana colocada sobre la cabeza de su hijo, dijo: ¡Perezcan mi nombre y mi memoria, con tal de que Suiza sea libre!... Y nosotros también diremos: ¡Perezca la Asamblea nacional, con tal de que sea libre Francia! ¡Que perezca, si evita una mancha al nombre francés! \*si su vigor enseña á la Europa que á pesar de las calumnias, hay aquí algún respeto á la humanidad y alguna virtud pública!... ¡Sí, perezcamos y ojalá sobre nuestras cenizas puedan nuestros sucesores, más felices, asegurar la dicha de la Francia y fundar la libertad!»

La Asamblea en masa se levantó, lo mismo que el público de las tribunas. Aquella generación heroica se sacrificó en aquel momento, por las que habían de venir. Todos repitieron á una voz: «¡Sí, sí, perezcamos, si es preciso... y perezca nuestra memoria!»

El pueblo que esto decía merecía no perecer.—Y en aquel mismo momento se había salvado. Francia ganó tres días después la batalla de Valmy.



## CAPITULO XVI

**Batalla de Valmy (20 de Septiembre del 92.)**

Impulso de la guerra.—Muerte heroica de Beaurepaire (1.º de Septiembre).—Ofrecimiento patriótico.—Admirable concordia de los partidos.—Dumouriez apoyado por los Girondinos, los Jacobinos y por Danton.—Abnegación unánime de todos.—Profunda inmoralidad de las potencias invasoras.—Duda é incertidumbre de los alemanes.—Goethe y Fausto.—Indecisión del duque de Brunswick.—Los prusianos hablan de restaurar el clero y de obligar á que sean devueltos los bienes nacionales.—Pureza heroica de nuestro ejército; como recibe á los septembrizadores.—Dumouriez se deja envolver.—Unanimidad para sostenerle.—Estado formidable de los campos del Este.—Dumouriez y Kellermann en Valmy (20 de Septiembre).—Firmeza del ejército bisoño bajo el fuego.—Los prusianos avanzan dos veces y se retiran.

El gran orador había sido, en aquel momento sublime, el pontífice de la Revolución. Había hallado y dado la fórmula religiosa de la abnegación heroica. Así en las antiguas batallas de Roma, cuando la victoria estaba indecisa, cuando vacilaban las legiones, avanzaba el pontífice, vestido de blanco, al frente del ejército y pronunciaba las palabras del rito sagrado; se presentaba un hombre, Decio ó Curtio, que las repetía palabra por palabra y se sacrificaba por el pueblo. Aquí, Vergniaud fué el pontífice; pero no fué un hombre el que repitió su fórmula, fué todo el pueblo. Francia fué Decio.

No, la anarquía de París no debía engañar á nadie sobre el carácter de aquel momento. Aquella muerte era una vida. El alejamiento que se reprochaba á la población por los trabajos interiores obedecía á su impulso por la guerra. Comprendía muy bien instintivamente que la batalla del mundo no se libraría aquí.

La defensa está en la mano y no está en el corazón. Preparar la defensa de París es siempre el augurio más triste. Sépase bien que el día en que el pesado materialismo de la monarquía fortificó á París, lo debilitó. El día en que queráis que sea inexpugnable derribad sus murallas.

La defensiva no es para Francia. Francia no es un escudo. Fran-

cia es una espada viva. Ella misma se dirigía á la garganta del enemigo.

Cada día salían de París 1.800 voluntarios, y así hasta 20.000. Hubiera habido muchos más si no los hubieran contenido. La Asamblea se vió obligada á retener en sus talleres á los tipógrafos que imprimían las actas de sus sesiones. Tuvo necesidad de decretar que cierta clase de obreros, los herreros, por ejemplo, útiles para fabricar armas, no debían partir. No habría quedado ninguno para forjarlas.

Las iglesias presentaban un espectáculo extraordinario, como no le ofrecían hacía muchos siglos. Habían vuelto á adquirir el carácter municipal y político que tuvieron durante la edad media. Las asambleas de las secciones que en los templos se celebraban recordaban las de las antiguas comunas de Francia ó las de los municipios italianos que se reunían en las iglesias. La campana, ese gran instrumento popular cuyo monopolio se ha apropiado el clero, había vuelto á ser lo que fué entonces, la gran voz de la ciudad, el llamamiento al pueblo.

Las iglesias de la edad media habían recibido á veces las ferias y las reuniones comerciales. El 92, ofrecieron un espectáculo análogo (pero menos mercantil, más conmovedor), las reuniones de la industria patriótica que trabajaba para la salvación común. Allí se habían reunido millares de mujeres para preparar las tiendas, los vestidos, los equipos militares. Trabajaban y eran felices, comprendiendo que con aquel trabajo daban albergue y vestían á sus padres y á sus hijos. Al principio de aquella ruda campaña de invierno que se preparaba para tantos hombres hasta entonces quietos en el hogar, calentaban de antemano aquel pobre traje de soldado con su aliento y su corazón.

Cerca de aquellos talleres de mujeres, las mismas iglesias ofrecían escenas misteriosas y terribles de numerosas exhumaciones. Se había acordado que se aprovecharía para el ejército el cobre y el plomo de los féretros.—¿Por qué no? ¡Y cuán cruelmente no se ha injuriado á los hombres del 92 por aquel trasiego de las tumbas! ¡Cómo! ¿la Francia de los vivos, tan próxima á perecer, no tenía derecho á pedir socorro á la Francia de los muertos, y obtener de ella armas para defenderse? Si para juzgar semejante acto, es preciso conocer la opinión de los muertos, la historia responderá, sin vacilar, en nombre de nuestros padres cuyos sepulcros se abrieron, que las hubieran dado para salvar á sus hijos.—¡Ah! si hubieran sido interrogados los mejores de aquellos muertos, si se hubiera podido conocer la opinión de un Vauban, de un Colbert, de un Catinat, de un canciller Hopital, de todos estos grandes ciudadanos, si se hubiera consultado el oráculo de la que merece no una tumba, si no un altar, de la Doncella de Orleans... toda aquella antigua y heroica Francia habría contestado: «No vaciléis; abrid, registrad, tomad nuestros féretros, nuestros huesos, si aquellos no bastan. Todo lo que resta de nosotros llevárselo, sin dudar, para hacer frente al enemigo.»

Un sentimiento muy parecido hizo vibrar á la Francia estremeciéndola profundamente, cuando en efecto, la atravesó un ataúd, traído desde la frontera, el del inmortal Beaurepaire, que no con palabras, si no con un acto y de un golpe, le dijo lo que debía hacer en aquellas grandes circunstancias.

Beaurepaire, antiguo oficial de carabineros, había formado y mandado, desde el 89, el intrépido batallón de los voluntarios de Maine y Loire. En el momento de la invasión aquellos valientes tuvieron miedo de no llegar bastante aprisa.

No se entretuvieron hablando en el camino; atravesaron toda Francia á paso de carga y se metieron en Verdun. Tenían el presentimiento de que en medio de las traiciones que les rodeaban, debían perecer. Encargaron á un diputado patriota que diese á sus familias el último adiós, que las consolase y las dijese *que habían muerto*.—Beaurepaire acababa de casarse, se separaba de su joven esposa, y no por ello tuvo menos firmeza. El comandante de Verdun reunió un consejo de guerra para que le autorizasen á entregar la plaza. Beaurepaire rechazó todos los argumentos de la cobardía. Viendo por fin que no conseguía nada de aquellos nobles oficiales, cuyos corazones realistas estaban ya en el otro campo: «Señores, dijo, he jurado no entregarme si no muerto... Sobrevivid á vuestra vergüenza... Soy fiel á mi juramento; he aquí mi última palabra, yo muero.» Y se levantó la tapa de los sesos.

La Francia se reconoció, y se estremeció de admiración. Se puso la mano sobre el corazón y sintió que la fé volvía á él. La patria no flotó ya incierta é indecisa; se la vió real y viva. No se duda de los dioses ante los que así se sacrifican.

Con un verdadero sentimiento religioso, millares de hombres apenas armados, mal equipados todavía, pedían desfilar ante la Asamblea nacional. Sus palabras, á menudo enfáticas y declamatorias, que atestiguaban su impotencia para expresar lo que sentían, rebosan el sentimiento vivísimo de fe que henchía sus corazones. No es en los discursos preparados de sus oradores donde hay que buscar aquellos sentimientos, si no en los gritos, en las exclamaciones que brotan de sus pechos: «Venimos como á la iglesia,» decía uno.—Y otro: «Padres de la patria, hénos aquí; bendeciréis á vuestros hijos.»

En aquellos días, el sacrificio fué verdaderamente universal, inmenso y sin límites. Varios cientos de miles dieron sus cuerpos y sus vidas, otros su fortuna, todos sus corazones, con el mismo impulso...

De entre las interminables columnas de aquellas ofrendas infinitas de un pueblo, entresaquemos cualquier línea, al azar.

Unas pobres mujeres del Mercado llevaron cuatro mil francos, el producto sin duda de algunas toscas alhajas, acaso sus anillos de boda...

Varias mujeres de los departamentos, especialmente las del Jura, habían dicho que si partían todos los hombres ellas harían las guardias. Esto fué también lo que ofreció en la Asamblea nacional una tendera de la calle de San Martín que iba con su hija. La madre dió su cruz, un corazón de oro y su dedal de plata. La niña dió lo que tenía, un pequeño cubierto de plata y una moneda de quince sueldos. ¡Aquel dedal, el instrumento de trabajo para la pobre viuda, la pequeña moneda que constituía toda la fortuna de la niña! ¡Ah! ¡tesoro! ¿Y cómo así no había de vencer la Francia?... ¡Dios te lo premie en el cielo, niña! ¡Con tu dedal y tu moneda de plata va la Francia á organizar ejércitos, ganar batallas, derrotar á los reyes en Jemmapes!... ¡Tesoro sin fondo!... Y cuántos más enemigos vengan más se encontrará todavía... Al cabo de dos años habrá para pagar nuestros doce ejércitos.

Ningún partido, preciso es decirlo, se mostró indigno de la Francia en aquel momento sagrado. Digamos mejor, si había violentos dissentimientos sobre la cuestión interior, sobre la cuestión de la defensa no hubo partidos. El pueblo fué admirable, y nuestros jefes fueron admirables.

Demos gracias á la vez á la Gironda, á los Jacobinos y á Danton.

La salvación de la patria dependió ciertamente de un acto muy hermoso, desde luego de unanimidad, de sacrificio mutuo, que realizaron en aquel momento encarnizados enemigos. Todos se pusieron de acuerdo para confiar la defensa nacional á un hombre al que la mayor parte odiaba y detestaba.

Los Girondinos odiaban á Dumouriez, y no sin razón. Ellos le habían hecho llegar al ministerio, él les había arrojado de él con tanta falsedad como ingratitud. Ellos fueron á buscarle al ejército del Norte, en la modesta situación que ocupaba, y le nombraron general en jefe.

Los Jacobinos no querían de ningún modo á Dumouriez; comprendían bien su doble juego. Sin embargo, juzgaron que aquel hombre querría, ante todo, la gloria, que querría vencer. Esta fué la opinión de un joven muy influyente entre ellos, Couthon, amigo de Robespierre; aprobaron y sostuvieron su nombramiento de general en jefe.

Danton hizo más. Dirigió á Dumouriez. Le envió sucesivamente su idea, Fabre d'Eglantine, y su brazo, Westermann, uno de los combatientes del 10 de Agosto. Rodeó aquel espíritu intrigante del antiguo régimen del gran aliento revolucionario, que de otro modo le hubiera faltado.

Hubo así perfecta unanimidad en la elección del hombre, y la misma unanimidad para concentrar todas las fuerzas en su mano.

Fueron separados ó se le subordinaron todos los oficiales generales que podían pretender una parte del mando. El viejo Luckner fué envia-

do á Chalons para que formase reclutas. Se ordenó á Dillon, más antiguo que Dumouriez en gerarquía militar, que obedeciese á Dumouriez. La misma orden se dió á Kellermann, que gruñó, pero que obedeció.

Todas las fuerzas de Francia, y su destino, fueron entregadas á un oficial poco conocido y que hasta entonces no había mandado en jefe. Así es como el genio soberano de la Revolución elevaba á quien le agradaba. ¿Por qué adivinaba también á los hombres? es que ella misma era quien los hacía.

Esta vez hizo un hombre. Aquel Dumouriez que había vivido miserablemente en los grados inferiores, en una diplomacia próxima al espionaje, le coge la Revolución, le adopta, lo eleva por encima de sí mismo, y le dice: Se tu mi espada.

Aquel hombre eminentemente valiente y espiritual no fué en verdad indigno de las circunstancias. Demostró una actividad, una inteligencia extraordinaria; sus Memorias lo atestiguan. Lo que no se ve en ellas, sin embargo, es el espíritu de sacrificio, el ardor y la abnegación que halló por doquiera, y que hizo fácil su tarea; es la fuerte resolución que se encontró en todos los corazones para salvar á la Francia á toda costa, sacrificando no solo la vida, no solo la fortuna, si no el orgullo, la vanidad, lo que se llama el honor. Solo un hecho para hacerlo comprender. El valiente coronel Leveneur, que se hizo célebre por haber tomado (él solo, puede asegurarse) la ciudadela de Namur, había tenido la desgracia de seguir á Lafayette en su fuga. Se arrepintió y volvió. No ingresó de nuevo en el ejército si no como soldado, y sin murmurar, ciñó el sable de sencillo húsar, hasta que nuevos servicios le hicieron acreedor á que se le devolviese su espada.

La unidad de acción era fácil con semejantes hombres. Hasta las bandas indisciplinadas de voluntarios que llegaban de París, una vez en los cuadros, contenidos, el mismo Dumouriez lo confiesa, se hacían excelentes, soportaban las fatigas y las privaciones mejor que los soldados veteranos.

En sus Memorias se ve bien todo lo que hizo por el ejército, pero no se ve bastante como fué sostenido aquel ejército. Le sucede á Dumouriez como á la mayor parte de los militares, que no toman bastante en cuenta las causas morales. Hace abstracción del grande y terrible efecto que produjo sobre el ejército alemán la unanimidad de la Francia. No ve, al parecer, todos aquellos campamentos de guardias nacionales que erizan las colinas de la Meurthe, de los Vosgos y de tantos otros departamentos. No ve desde al Rhin al Marne, al aldeano armado y de pie sobre su surco. Pero el enemigo le ha visto bien y he aquí por qué ha insistido tan poco, por qué ha combatido tan poco y se ha aprovechado tan poco de las faltas de Dumouriez.

He aquí el secreto de toda aquella campaña. No hay que buscarle exclusivamente en las operaciones militares. Aquí, entre un desorden inmenso, pero exterior, había una profunda unidad de pasión y de vo-